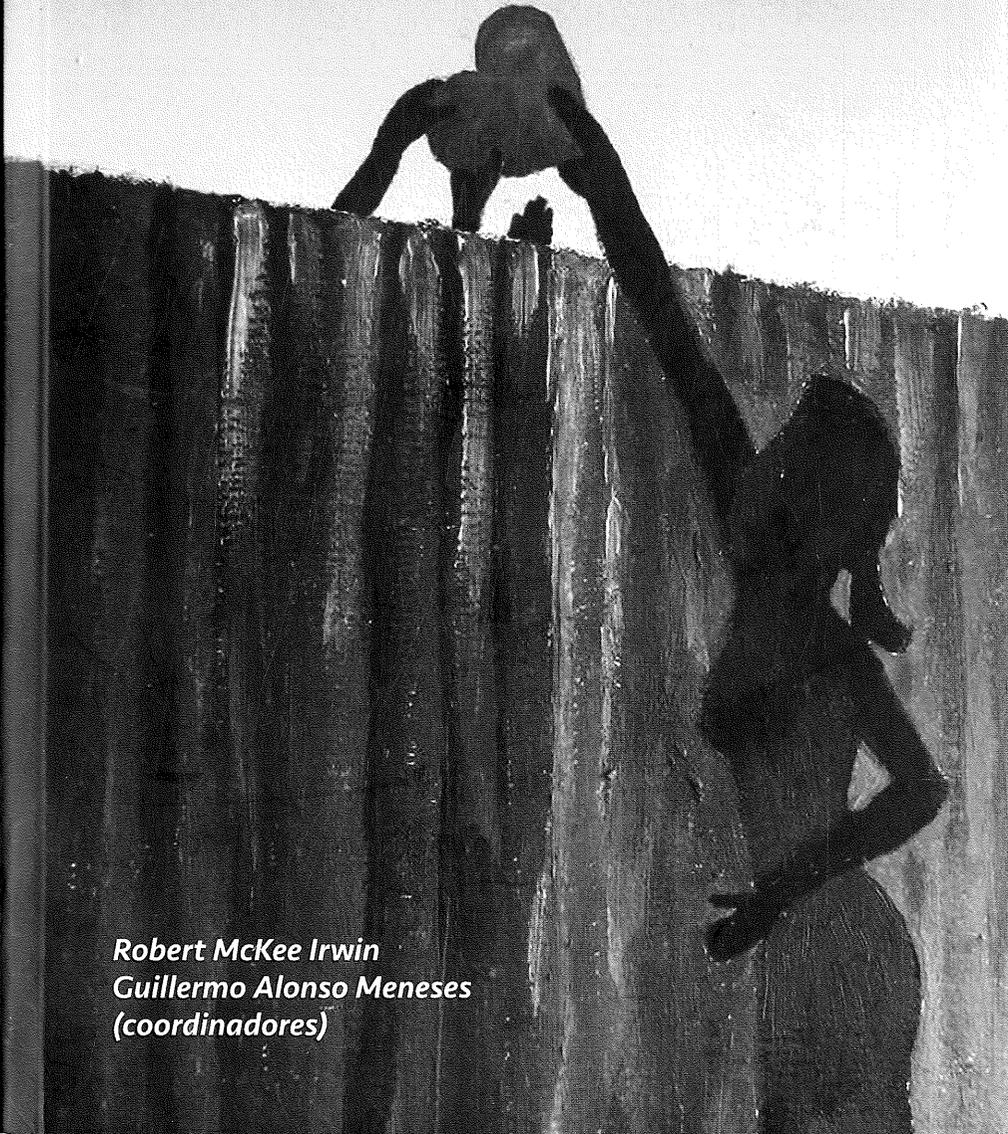


Humanizando la deportación

Narrativas digitales desde las calles de Tijuana



*Robert McKee Irwin
Guillermo Alonso Meneses
(coordinadores)*



Robert McKee Irwin

Doctor en Literatura Comparada por la New York University. Profesor en el Departamento de Español y Portugués y subdirector del Global Migration Center de la Universidad de California en Davis. Editor de *Migrant Feelings*, *Migrant Knowledge: Building a Community Archive* (University of Texas Press, 2022). Es especialista en estudios de migración y frontera, estudios culturales mexicanos y mexicano-americanos, estudios de masculinidades y humanidades públicas.

rmirwin@ucdavis.edu

Humanizando la deportación

Narrativas digitales desde
las calles de Tijuana

Humanizando la deportación
Narrativas digitales desde
las calles de Tijuana

Robert McKee Irwin
Guillermo Alonso Meneses
(coordinadores)

In memoriam

Guillermo Alonso Meneses fue un colaborador dedicado y comprometido a documentar la humanidad de los y las migrantes más vulnerables. Sin su visión y apoyo leal a nuestro equipo de investigación, jamás habría sido posible lanzar el proyecto Humanizando la Deportación, mucho menos realizar todo lo que hemos logrado durante los últimos siete años. Su espíritu de justicia social y sentido del humor nos seguirán acompañando en los años por venir.



Gerardo Sánchez Pérez, el primer colaborador comunitario del proyecto, se convirtió en un interlocutor importante para nuestro equipo. Deseamos que su historia trascienda.

El equipo de Humanizando la Deportación agradece profundamente a las mujeres y hombres que colaboraron en la producción de videos, compartiendo su experiencia y sus saberes sobre la deportación. Fueron muchas las personas que nos apoyaron, contribuyeron y ayudaron en el período de 2016 a 2018 en México (Tijuana y Rosarito) y en Estados Unidos (Davis y Berkeley): Darinka Carballo, Yolanda Varona, Héctor Barajas, Guillermo Navarrete, Armando Estrada, María de Jesús Cárdenas, Robert Vivar y Eldaah Arango. También nos ayudaron con capacitaciones y en otras labores: Jesikah María Ross, David Tenorio, Nancy Utley, Rafael Alarcón Medina, Mandy Bachman, Tina Shull, Ana Rosa Virgen, Sunaina Maira y Maurice Stierl.

Humanizando la deportación : narrativas digitales desde las calles de Tijuana / Robert McKee Irwin, Guillermo Alonso Meneses (coordinadores). Tijuana, B. C. : El Colegio de la Frontera Norte, 2023. 272 p. ; 21 cm.

ISBN: 978-607-479-530-1

1. Deportaciones — Estados Unidos — Tijuana. 2. Deportaciones — Derechos humanos — Tijuana. 3. Comunicaciones digitales — Deportados — Tijuana. 4. Narraciones personales — Deportados — Tijuana. 5. Migración de retorno — México — Tijuana.

JV 6217.5 .T54 .H85 2023

Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos externos a El Colef, de acuerdo con las normas editoriales vigentes en esta institución.

Primera edición, 18 de agosto de 2023

D. R. © 2023 El Colegio de la Frontera Norte, A. C.
Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5
San Antonio del Mar, 22560
Tijuana, Baja California, México
www.colef.mx

ISBN: 978-607-479-530-1

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez
Corrección: Gerardo Ávila

Formación: Rosario Ivonne Lara Alba

Última lectura: Estefanía Amaro López

Lectura de control: Estefanía Amaro López

Diseño de cubierta: Rosario Ivonne Lara Alba

Imagen de cubierta: Emma Sánchez Gutiérrez (Emma Sánchez de Paulsen),
El muro separa a familias pero jamás el sentimiento, acrílico, 30 x 40 cm, 2017

Este libro es el resultado de una investigación financiada con una beca del programa UC Mexus/Conacyt (2016-2018).

Impreso en México/Printed in Mexico

Índice

Relatos, experiencias y saberes: Memoria desde la posdeportación <i>Robert McKee Irwin y Guillermo Alonso Meneses</i>	13
ENSAMBLANDO UN ARCHIVO DE SENTIMIENTOS Y SABERES SOBRE LA DEPORTACIÓN EN TIJUANA	
Discursos enfrentados sobre la deportación, los deportados y la deportabilidad en Estados Unidos <i>Guillermo Alonso Meneses</i>	37
Reconfiguración metodológica para las narrativas digitales desde los estudios latinoamericanos y Humanizando la Deportación <i>Yairamaren Román Maldonado</i>	79
LA HERIDA ABIERTA DEL SIGLO XXI: LA VIDA EN <i>EL BORDO</i>	
<i>El Bordo</i> : La construcción de un gueto con inmigrantes en la frontera de Tijuana <i>José Israel Ibarra González</i>	103
El desalojo de los residentes de <i>El Bordo</i> en Tijuana: Una profilaxis social contra poblaciones precarizadas <i>Ana Luisa Calvillo Vázquez</i>	127

SABERES MIGRANTES: EL PODER Y EL AFECTO
DE LAS NARRATIVAS DIGITALES

Las tecnologías femeninas como herramientas de subversión y resistencia dentro de las narrativas digitales de mujeres (in)migrantes mexicanas <i>Marlené Mercado</i>	165
Afectar la humanidad, desafiar la exclusión, <i>moverse-con</i> la narrativa de la deportación de Esther <i>Sarah Ashford Hart</i>	183
Cruelles deportaciones y lazos afectivos: El abismo sentimental a la sombra del muro <i>Robert McKee Irwin</i>	233
[In] conclusiones <i>Guillermo Alonso Meneses y Robert McKee Irwin</i>	265
ACERCA DE LOS AUTORES	269

Relatos, experiencias y saberes: Memoria desde la posdeportación

Robert McKee Irwin /
Guillermo Alonso Meneses †

Humanizando la Deportación es un proyecto de producción audiovisual que se lanzó en Tijuana a finales de 2016 para documentar las consecuencias humanas de las deportaciones masivas que se realizaron a niveles jamás vistos desde los primeros años del nuevo milenio. Esta publicación resume el primer año del proyecto y el método que empleamos, las *digital storytelling* (narrativas o relatos digitales), que son cortometrajes o videoclips testimoniales, útiles para captar las historias y los saberes de los migrantes deportados. Los videos fueron producidos por ellos mismos, a quienes nuestro equipo conoció en Tijuana en el primer año del proyecto, y en dichas producciones se cuentan breves historias, complejas y matizadas, que desafían los estereotipos que sobre los migrantes deportados circulaban en ambos lados de la frontera.

Esto sirvió para la conformación de un archivo comunitario audiovisual, que refleja los temas y problemáticas más importantes de la experiencia de la deportación de acuerdo con las articulaciones de los colaboradores comunitarios en el período de 2016 a 2018. El libro también presenta una serie de análisis realizados, en esos años, por diferentes miembros de nuestro equipo desde una variedad de disciplinas humanísticas, y se sugieren algunas de las posibles aplicaciones académicas y potenciales abordajes analíticos de la riqueza de datos cualitativos que comprende el archivo.

El trasfondo histórico visto desde las dos Californias

En los últimos años de la administración presidencial de Barack Obama (2009-2017), en Estados Unidos la gente se iba dando cuenta de que, no obstante la retórica proinmigrante que se comunicaba desde la Casa Blanca y sus intentos de proteger a dos grupos de inmigrantes indocumentados,¹ los niveles de deportaciones habían alcanzado índices alarmantes con un promedio de 387 000 eventos de deportación al año (Chishti *et al.*, 2017, p. 4). Si bien las deportaciones (*removals*) habían comenzado a crecer durante los mandatos de George W. Bush (con un promedio de 201 000 eventos al año durante su primer término y 302 000 en el segundo [Chishti *et al.*, 2017, p. 4]), esta inercia, continuada con Obama, generaba demasiada ansiedad en las comunidades de inmigrantes en Estados Unidos y mucho activismo en contra de las campañas tan agresivas de detención de inmigrantes (Loor, 2016).

La política que guiaba a los agentes de la policía migratoria estadounidense (Immigration and Customs Enforcement [ICE]), en sus campañas de detención y deportación de inmigrantes del interior, se llama Secure Communities (Comunidades Seguras, programa vigente desde 2008 hasta su suspensión en 2014, y que se relanzaría en la presidencia de Donald Trump en 2017). Se supone que sus actividades promovían la seguridad nacional al expulsar del país a los inmigrantes más violentos y peligrosos. Aunque de acuerdo con los datos reales, la gran mayoría de la gente deportada no tenía delitos importantes en su registro de antecedentes (*record*), amplios sectores de la población de Estados Unidos entendían que el programa de Comunidades Seguras era bueno: promovía la seguridad para los ciudadanos, mientras eliminaba a las/os inmigrantes menos

¹ Los jóvenes que llegaron al país en su infancia —a través del programa Acción Postergada para los Llegados en la Infancia (DACA, por sus siglas en inglés)— y los padres de los ciudadanos inmigrantes —mediante la Acción Postergada para los Padres de Americanos (DAPA, por sus siglas en inglés).

deseables, los que menos merecían estar en el país. Y para muchos estadounidenses, la deportación era un castigo justo para la gente de trayectoria criminal; aunque ya hubieran cumplido sus sentencias de otra forma, la deportación simplemente implicaba que tenían que volver a sus lugares de origen, sus *hogares verdaderos*.

En efecto, se vivían dos realidades estadounidenses: en algunos lados se sentía la violencia de la deportación masiva, desenfrenada, brutal (separación de familias, gente desarraigada de vidas profundamente establecidas y desechada al abismo de un país que desconocían); en otros sitios se experimentaba la seguridad de saber que la inmigración finalmente se controlaba, que la repatriación se realizaba bajo principios justos, que los intereses de los ciudadanos se priorizaban y protegían. Así fue la dinámica sobre la deportación durante el segundo período presidencial de Obama (Alonso, 2014; Anderson y Solís, 2014; Boehm, 2016; Caldwell, 2019; De Genova y Puetz, 2010; Golash, 2015; Kanstroom, 2012; Schreiber, 2018).

En esos mismos años, la deportación empezó a visibilizarse en algunas partes de México, donde la repatriación siempre ha provocado fuertes sentimientos. Se supone que algunos emigrantes vuelven presumiendo de la buena vida del otro lado, trayendo dólares, aparatos mecánicos y electrodomésticos, ropa de marcas de lujo, fotografías de casas lindas en vecindarios idílicos, *smartphones*. Y, por lo tanto, muchos mexicanos suelen tratarlos con desdén por haberse agringado, haber perdido su mexicanidad, ya no hablar bien el idioma, por pochos, por ya no respetar las costumbres y haber caído en el materialismo y la superficialidad. Por esto, antes de las olas masivas de deportaciones ya existía una tendencia de no aceptar a los compatriotas retornados y la predisposición para verlos con desconfianza e incluso hostilidad.

La deportación, en este contexto, representaba un golpe devastador, ya que estos compatriotas no llegaban en sus coches último modelo, sino, involuntariamente, esposados y humillados. En Tijuana, en particular, especialmente a partir de 2008, se acumulaba

la gente que no tenía adonde ir, que había vivido por décadas –o casi toda la vida– en Estados Unidos, que no hablaba bien el español, que se quedó sin nada, sin identidad. Tijuana recibía mexicanos deportados (*removed*) y expulsados (*returned*) desde el siglo pasado, pero, desde hace una década, regresar a Estados Unidos después de una repatriación involuntaria se hizo más difícil e imposible para muchos. La posibilidad de reingresar como hasta entonces, ahora era casi imposible. Varados en esta ciudad fronteriza, con la fácil disponibilidad de la droga y el alcohol en las calles, muchos caían en la adicción. Los albergues –antes ocupados por migrantes esperando cruzar– ahora se llenaban con personas expulsadas con miedo a regresar por la amenaza de la prisión por el delito mayor del *reingreso ilegal* (*illegal reentry*).

Imágenes negativas en Tijuana

A partir de 2009, en lugares como el Desayunador Salesiano Padre Chava, que está a unos pasos de la frontera, comenzaron a formarse filas larguísimas de gente en situación de calle –deportada en su mayoría– que no tenía adónde ir a comer. También, en la canalización del río Tijuana –muy cerca de la garita de San Ysidro y, desde hace unos años, del puente El Chaparral, por la que pasan miles de personas al día para cruzar la frontera en ambas direcciones–, se formó una colonia de indigentes, incluso con algún *homeless* o un adicto a las drogas, procedente de la vecina San Diego. Algunos aprovecharon, en este asentamiento irregular, la infraestructura de los desagües del alcantarillado que desembocan en un lateral del canal y la de los nuevos puentes para protegerse. Otros construían *ñongos* (variación local de *yongos*, que son refugios improvisados contruidos con cartón, bolsas de plástico o ramas de árbol), también llamados *jacalitos* (jacal, choza) o, en algunos casos, en excavaciones sobre los sedimentos de tierra acumulados encima del lecho de concreto del canal o en sus lados exteriores.

Los campamentos de *El Bordo* –como históricamente se conoce a esta zona tan visible a todos los que llegaban a la ciudad o salían de ella por el puente de El Chaparral, inaugurado a fines de octubre de 2012–, crecían cada vez más y llamaban la atención de los medios transnacionales como la representación emblemática de la crisis de la deportación en México. Para muchos mexicanos, la deportación se entendía como un proceso de vaciar las penitenciarías estadounidenses en las calles de Tijuana, algo que venía sucediendo regularmente desde 1996 en la administración de Bill Clinton. Los que llegaban por la deportación, más allá de fracasados, eran adictos, vagos o delincuentes. Algunos ponían negocios, con ayuda familiar, tras años en la penitenciaría de Los Ángeles. Igual que en Estados Unidos, había dos interpretaciones de la problemática de la deportación: había quienes la entendían como un finiquito violento e injusto, una violación cruel de los derechos humanos, un trauma trágico; otros la entendían como una amenaza a la seguridad, una fealdad que manchaba la imagen urbana. De ahí que, con los años, hubo una serie de campañas cada vez más agresivas para desalojar a la heterogénea población indigente del canal, cuyo asalto definitivo en 2015 acabó con el problema de los campamentos, pero por una política –según dicen algunos observadores– de distorsionar el problema (Alarcón y Becerra, 2012; Albicker y Velasco, 2016; Alonso, 2012, 2013, 2014; Del Monte, 2019; Guerrero y Jaramillo, 2015; Ruiz, 2017).

Problemática social

Esta era la situación bosquejada, a grandes rasgos, entre la Alta y la Baja California en 2015 y 2016, cuando un grupo de colegas de la Universidad de California y de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) compartíamos la preocupación sobre un fenómeno social que parecía ser malentendido en ambos lados de la frontera de forma paralela. La mayoría de la gente no sabía a quiénes se deportaba, no

entendía el amplio rango de perfiles de personas que experimentaban este tipo de expulsión. Tampoco comprendía de qué se trataba la repatriación forzada, cuáles eran sus consecuencias al nivel de la vida cotidiana del individuo, de la familia y de la comunidad. Y —lo que nos resultaba más llamativo— escaseaban los testimonios subjetivos de quienes estaban padeciendo la deportación.

Por esto, a principio de 2016, cuando apenas se calentaba el discurso político sobre la inmigración y la deportación para la temporada de las elecciones primarias de Estados Unidos, los coautores de esta introducción solicitamos una beca UC Mexus/Conacyt para promover una colaboración entre El Colef y la Universidad de California (UC) en Davis. Se trataría de una investigación sobre la experiencia vivida de la deportación, basada en relatos o narrativas testimoniales de las personas que habían sido repatriadas forzosamente, y se realizaría en Tijuana.

Bautizamos el proyecto con el nombre Humanizando la Deportación, en el sentido de rescatar los testimonios de los migrantes deportados y darle rostro humano a su experiencia. Nos han hecho la pregunta, más de una vez, acerca del sentido de dicho título. Para unos es un oxímoron, y para otros, una redundancia. Ante la proliferación de acercamientos estadísticos decidimos darle rostro humano a la deportación (otros dirán darle voz a los deportados y deportadas). Esto último era obvio. La mayoría de quienes participamos en esta investigación y en este libro, estamos más cerca de las humanidades o de una ciencia de la vida antes que social. Aquí privilegiamos al ser humano y por eso la apuesta por humanizar la deportación.

Distinguimos, por un lado, el acto de la deportación o la sentencia que deporta, un hecho empírico, y, por otro, el objeto intelectual que denominamos deportación. El primero no lo podemos humanizar; el segundo sí. El proceso de la deportación (incluyendo todo su aparato judicial-legal-policial en Estados Unidos y también su aparato —o, en muchos sentidos, falta de aparato— de recepción, de repatriación

en México) deshumaniza a los migrantes; nosotros pretendemos fomentar su rehumanización a través de la producción y divulgación de sus historias. Al humanizar hemos puesto en un plano privilegiado, *epistémico* y *etnográfico*, el testimonio, la voz, la palabra, la opinión, el punto de vista y el saber de varios centenares de migrantes.

Nos notificaron que habíamos ganado la beca a principios del verano de 2016, y programamos una capacitación para nuestro equipo de colaboradores de las dos instituciones para el otoño en Tijuana. Lo que nadie esperaba fueron los resultados de las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Sin haberlo pensado, fijamos las fechas para el taller de capacitación del 10 al 14 de noviembre de 2016 en Tijuana, solo dos días después de las elecciones. El equipo estadounidense, con estudiantes de licenciatura y doctorado de los campus de la Universidad de California en Davis y Berkeley, llegó aturdido, azorado, pasmado. Había ganado Donald Trump contra pronóstico; pero al momento de hacer las últimas revisiones a este manuscrito, cuatro años después, Joe Biden asumió la presidencia en enero de 2020.

Entre las primeras acciones acometidas, nos ofrecimos como voluntarios en el Desayunador Salesiano Padre Chava. Al acabar la jornada de varias horas sirviendo desayunos, un señor con aspecto de vivir en la calle —por supuesto, un hombre deportado— y que nos había visto en el comedor, tras preguntarle sobre la manera de llegar a El Bordo, se ofreció a acompañarnos y guiarnos. Él había vivido un tiempo en esa zona, aunque ya estaba deshabitada (véase el capítulo de McKee Irwin «Cruelles deportaciones y lazos afectivos: El abismo sentimental a la sombra del muro»). Al regresar de El Bordo, algunos le ofrecimos dinero, y aunque lo rechazó varias veces, insistimos. Seguidamente nos adentramos en la Coahuila, el barrio con *mala fama* de Tijuana, y comprobamos que había gente deportada por todos lados. No solo estaban en las filas para la comida que repartían las ONG o callejeando; también conocimos a gente en taxis, restaurantes o plazas públicas.

No pudimos procesar enseguida todo lo que había sucedido ni lo que implicaba para la problemática que nos inquietaba tanto, pero sí nos dimos cuenta de que este proyecto exigiría mucho más peso vital, intelectual y académico de lo que habíamos imaginado cuando lo íbamos diseñando. Pero el paisaje humano y sociocultural de Tijuana se redimensionó cuando la selección mexicana de fútbol le ganó a la de Estados Unidos aquel viernes 11 de noviembre de 2016 en Columbus, Ohio, humillando así a los gringos en su tierra en un partido de clasificación para la Copa Mundial por primera vez en 44 años, y que acabaría en la eliminación y exclusión del equipo estadounidense de la cita mundialista. Hubo mucha celebración en Tijuana esa noche, pero al desconcertado *team* de la Universidad de California todo les parecía surrealista. Probablemente porque el fútbol (*soccer*) y la rivalidad México-Estados Unidos les era algo ajeno.

Humanizando la Deportación: Archivo de saberes migrantes

Una premisa clave en el diseño de este proyecto es que la manera más eficaz de divulgar los efectos de las leyes y políticas actuales de la deportación, en su dimensión humana, era con las historias de los migrantes mismos. Los expertos más calificados para hablar de las consecuencias humanas de las violencias estatales y sociales dirigidas a los migrantes son ellos mismos, quienes las han experimentado. Los saberes migrantes, los que reflejaban no solo actos discretos de injusticia, racismo, crueldad y estigmatización, sino además sus repercusiones psicológicas, emocionales y materiales, merecían su propio espacio, su propio archivo. Para este proyecto se propuso un primer objetivo: facilitar la creación de un archivo comunitario. El segundo objetivo: el análisis del material de este archivo con una atención a lo que nos imparten estos saberes migrantes. Esto se refleja en los ensayos de la presente obra. Nuestros equipos se formaron con dichos objetivos en mente y se enfatizaron en nuestras sesiones de capacitación en noviembre de 2016, en la sede de El Colef en Tijuana.

En la capacitación, el equipo –que consistía en una veintena de profesores y estudiantes de posgrado, principalmente de la UC en Davis y El Colef, pero también con participación de estudiantes de la Universidad Autónoma de Chihuahua y la Universidad de California en Berkeley– aprendió el método de producción audiovisual participativa *digital storytelling*, y que fue el elegido para nuestro proyecto de investigación. Aunque en ese momento no pudimos anticipar todo lo que nos esperaba en el campo, estudiamos tanto el método ortodoxo promulgado por The Story Center (Lambert, 2002), como las modificaciones que se habían empleado para otro proyecto, menos ambicioso, que se llama Sexualidades Campesinas, dirigido por uno de nosotros, las cuales se resumen en Lizarazo *et al.* (2017).

Básicamente, una narrativa digital es un video de cortometraje, que se compone de una grabación de voz acompañada por un montaje de imágenes fijas con efectos de movimiento aplicados. Hay muchas variaciones, pero su formato básico es este. Son de corta duración, de tres a cinco minutos, y su calidad de producción no pretende ser muy alta, ya que se difunden principalmente por Internet. A veces, se agrega una banda sonora de música para ambientar la historia.

Pero lo más notable del género es que pretende representar, de forma auténtica, la voz del narrador o la narradora, quien en muchos casos proviene de una clase marginada, que no tiene acceso fácil a expresarse en alguna esfera pública. Se supone que el Internet democratiza a la comunicación; sin embargo, hay mucha gente que no tiene acceso a este recurso, ni mucho menos la capacidad de autoproducir un video llamativo sobre su historia personal.

Imaginamos a la gente deportada, llegando a Tijuana sin nada, asentándose en albergues, perdiéndose en calles desconocidas, de cierta forma, olvidada. No todos cuentan con apoyo familiar o de las redes de amistades. El activismo tan apasionado de la época de Obama pretendía proteger a los/as inmigrantes de ser deportados/as, pero una vez que se deportaban no tenía caso luchar por

ellos/as. Quedaban muchos en el olvido, y Tijuana se había vuelto la herida abierta de Gloria Anzaldúa (1987). Entonces ofrecimos una plataforma, a esta gente olvidada, para contar sus historias.

Anzaldúa, cuya obra innovadora –sobre todo su libro seminal *Borderlands/la frontera: The New Mestiza* (1987)– ejemplifica lo que Walter Mignolo (2000) ha llamado la gnosis fronteriza. Retrata a los que viven en contextos fronterizos y transfronterizos no solo como víctimas de discriminaciones en ambos lados de la frontera (en un espacio figurado como «una herida abierta» entre norte y sur, la que nunca se cicatriza [Anzaldúa, 1987, p. 3]), sino también como grupos posicionados para pensar, a través de diferentes epistemologías, una idea que desarrolla en su conceptualización de «la conciencia de la nueva mestiza» (Anzaldúa, 1987, pp. 99-123).

Los migrantes deportados, quienes no solo han vivido en ambos lados de la frontera, sino que además han experimentado diversas dinámicas de desplazamiento, a través de su experiencia, van aprendiendo y desarrollando lo que se ha teorizado como *migrant knowledge*. No queremos decir que los migrantes tienen todas las respuestas. En realidad, muchas de las historias del archivo reflejan crisis personales, obstáculos no superados y heridas no cicatrizadas. Pero, sin duda, los migrantes son, a la vez, «productores, transmisores y traductores del saber» (Lässig y Steinberg, 2017, p. 313 [traducción propia]). Los migrantes deportados, por haber vivido en carne propia la deportación –y aunque no hayan entendido todas las cuestiones legales o procesuales de su caso–, saben, de una forma muy profunda, qué representa esta experiencia, cómo afecta al migrante, qué injusticias subyacen a su implementación masiva y, en muchos casos, qué estrategias se pueden aplicar para superar el trauma que provoca un desplazamiento forzado de ese tipo.

Por lo tanto, estas historias tenían que ser las de los narradores, no las interpretaciones de expertos ajenos. El género de este tipo de producción audiovisual pretende minimizar el papel de los facilitadores en su producción. Estos no realizan entrevistas como si fueran

periodistas o etnógrafos. Nuestro propósito fue siempre comprender lo más posible la visión del narrador comunitario y luego concentrar la atención en interpretar esta visión, evitando que el facilitador interviniera con su propio conocimiento, su propia política y sus gustos, preferencias e inquietudes personales. Yairamaren Román describe, analiza y problematiza este género y la aplicación de él en su capítulo «Reconfiguración metodológica para las narrativas digitales desde los estudios latinoamericanos y Humanizando la Deportación».

Resultados de 2017

Robert McKee Irwin visitó Tijuana, unas cinco o seis veces durante los primeros meses de 2017, con el fin de establecer vínculos con diversas organizaciones comunitarias y conocer bien las diferentes zonas de la ciudad en las que se encontraban las personas repatriadas. Durante ese tiempo logró contactar a dos señores, quienes aceptaron su invitación a contar sus historias personales para Humanizando la Deportación. El autor completó su producción en mayo, cuando se lanzó la página web del proyecto, con las narrativas *Cruelles deportaciones*, de Gerardo Sánchez (2017) –cuya historia y su trasfondo se tratan en la contribución de Irwin a esta colección– y *Aprovecha la oportunidad*, de René López (2017), los videos 1 y 2, respectivamente, en la página de Humanizando la Deportación (s.f.).

Nuestro equipo de Davis y Tijuana –con sus miembros adicionales de Chihuahua y Berkeley, y más tarde también de Berlín– realizó la gran parte de nuestro trabajo entre mediados de junio y julio de 2017 (aparte de los contribuidores de este volumen, en la primera fase del proyecto colaboraron: Lizbeth de la Cruz, Jessica Ordaz, Danae Valenzuela, Marinka Swift, Dörte Krebsbach y John Guzmán). Trabajamos en la Iglesia del Faro (Friendship Park), en Deported Veterans Support House, con las Madres Soñadoras Internacional, la Fundación Gaia, algunas personas conocidas por haber participado en investigaciones anteriores realizadas por

miembros de nuestro equipo (tal fue el caso de Esther Morales, cuya narrativa digital se produjo en tres partes [Morales, 2017a, 2017b, 2017c]) o a través de conexiones con grupos activistas de Estados Unidos; también conocimos a otros colaboradores en albergues, centros de rehabilitación y hasta en la calle o en eventos sociales.

El trabajo resultó mayor de lo que habíamos anticipado y tuvimos que reclutar a varios estudiantes de licenciatura (Rigo Nava y José Solorio de la UC en Davis, y Antonio Solorio de la UC en Berkeley) para ayudarnos con transcripciones, traducciones y el montaje de subtítulos. También su intensidad nos sorprendió. Los relatos de la deportación son historias tristes, traumáticas, pesadas y, en muchos casos, nos dimos cuenta de que fuimos las primeras personas que escuchaban estas historias. Nuestras reuniones con los colaboradores comunitarios fueron agotadoras, pero a la vez se formaron amistades profundas entre nosotros y algunos de ellos.

La posproducción tardó entonces varias semanas o, en algunos casos, varios meses, mientras los narradores iban ajustando detalles y esperábamos las traducciones y los subtítulos. Irwin seguía visitando Tijuana con regularidad, trabajando con nuevos narradores. Aunque en nuestra propuesta original habíamos contemplado producir entre una y dos docenas de narrativas digitales, el equipo de la fase I había producido 50 narrativas digitales de 41 narradores comunitarios. Este es el material de análisis para este libro (videos 1-41 del archivo de Humanizando la Deportación [s.f.]).

Trayectorias más allá de 2017

Mientras tanto, el proyecto se difundió en parte por una entrevista realizada a Irwin en el programa televisivo *Diálogos desde la frontera*, que se emitió el otoño de 2019 a nivel nacional por la televisión pública mexicana Canal 22 (El Colef, 2019). Al cabo de unos meses, colegas de varias universidades mexicanas contactaron con Irwin para explorar la posibilidad de expandir el proyecto a sus

ciudades. Para finales de la primavera de 2018, se habían juntado fondos adecuados para posibilitar tres nuevas colaboraciones con los colegas del Instituto Tecnológico de Monterrey (de los campus de la Ciudad de México, el Estado de México –Ciudad López Mateos–, Toluca, Guadalajara y Monterrey), la Universidad de Guadalajara y la Universidad Autónoma de Chihuahua (campus Ciudad Juárez).

Con la incorporación de estas nuevas asociaciones institucionales y la expansión a estas ciudades, se concluyó con la primera fase de Humanizando la Deportación y entramos a la fase II (en junio de 2018). El objetivo sería expandir y diversificar el archivo, activando los nuevos equipos de trabajo en otras partes de México, y haciendo esfuerzos para incorporar historias de migrantes de perfiles que no se habían captado en los materiales publicados durante la fase I, tales como migrantes de identidades no heteronormativas o de experiencias principalmente rurales. Durante la segunda fase, que concluyó en junio de 2019, el archivo ya contenía 222 narrativas de 181 narradores.

En la tercera fase (de julio de 2019 a junio de 2020) se activaron nuevos equipos en California (comunidades que habían sufrido los efectos de la deportación y que vivían bajo la sombra de la deportabilidad). Así mismo, con la llegada de la gran caravana de migrantes centroamericanos a Tijuana (a finales de 2018), fue evidente que la deportabilidad y la deportación también eran fenómenos notables, pero insuficientemente explorados para las/os migrantes –principalmente, pero no exclusivamente– centroamericanos en territorio mexicano. Por lo tanto, se empezó a facilitar la producción de narrativas digitales de migrantes en tránsito en Tijuana, Ciudad Juárez y la Ciudad de México. En la fase III, en colaboración con colegas de la Universidad Autónoma de Chiapas, se inició a trabajar también en Tapachula, donde migrantes centroamericanos, caribeños y africanos registraron sus luchas para llegar a Estados Unidos o asentarse en México. Ese año, el archivo creció notablemente (en total, 299 narrativas de 244 narradores comunitarios).

La cuarta fase, inaugurada en julio de 2020 en plena época de la pandemia del COVID-19, ha presentado grandes desafíos para los migrantes y también para las posibilidades de realizar trabajo de campo y documentar las nuevas dinámicas migratorias, deportaciones y deportabilidades (Irwin y Del Monte, 2021). Pero se ha mantenido este proyecto, sobre todo en Tijuana, que representa, de cierta forma, el corazón de Humanizando la Deportación (de las 299 narrativas producidas en las primeras tres fases, 137 [46 %] son de Tijuana).

Aparte de la producción audiovisual, también se realizaron varias presentaciones públicas, incluyendo un evento en noviembre de 2017 en el Museo Manetti Shrem de la UC en Davis, al que acudieron unas 200 personas, una magnitud raramente vista en eventos en ese campus; también una presentación pública en la que participaron muchos de los narradores en el Centro Cultural Tijuana, con un centenar de asistentes; y una exposición organizada por Sarah Hart, una de las integrantes del equipo, en la galería Colectivo Sol en Sacramento, California, la que se extendió por varias semanas e incorporó una serie de eventos públicos a través de colaboraciones con diferentes grupos comunitarios de la ciudad; así mismo, se montaron dos exposiciones más, una en el International House en Davis y otra en el Enclave Caracol en Tijuana en 2018.

Exposiciones de este tipo dieron la oportunidad no solo de divulgar el archivo con diferentes sectores y de profundizar nuestras relaciones con los colaboradores comunitarios, sino también, de experimentar con diferentes estrategias para presentarle las narrativas al público (véase el capítulo de Hart «Afectar la humanidad, desafiar la exclusión, *moverse-con* la narrativa de la deportación de Esther»). En este momento, a través de nuevas colaboraciones con la School of Law de la UC Davis, y en coordinación con el Border Line Crisis Center en Tijuana, estamos organizando sesiones de asesorías legales para migrantes, con el fin de formular estrategias para ayudar a algunos a volver legalmente a Estados Unidos, si no como residentes, sí con visas de turista.

Temas y aproximaciones

En este modesto libro —la primera publicación colectiva del equipo Humanizando la Deportación—, no se pretende realizar un análisis detallado y completo del material del archivo, sino más bien enfocarnos en temas particulares que llamaron la atención, individual y colectivamente, durante el primer año de trabajo, es decir, la fase I del proyecto. Y es que el crecimiento continuado de la base exige futuras y actualizadas publicaciones.

La primera sección de esta colección de ensayos, «Ensamblando un archivo de sentimientos y saberes sobre la deportación en Tijuana», trata Humanizando la Deportación desde perspectivas panorámicas. Claramente hay varias problemáticas que se repiten a través del archivo: la separación familiar; la dificultad especial de acomodarse en México para los migrantes que llegaron a Estados Unidos en su infancia; la paradoja particular de los veteranos de las fuerzas militares estadounidenses que se identificaban como patriotas y luego fueron deportados; el grado severo del trauma para muchos, que los hunde y los empuja a la depresión, las adicciones y la indigencia.

El capítulo de Guillermo Alonso, «Discursos enfrentados sobre la deportación, los deportados y la deportabilidad en Estados Unidos», ofrece una vista panorámica del material del archivo, en su primera fase de producción, contextualizada por la historia del control migratorio, las políticas estadounidenses de exclusión de inmigrantes y la deportación en dicho país. En este trabajo se citan más de quince narrativas digitales producidas por nuestros colaboradores comunitarios en el año 2017 al señalar las problemáticas sociales e injusticias más destacadas en estas historias.

La aportación de Yairamaren Román, «Reconfiguración metodológica para las narrativas digitales desde los estudios latinoamericanos y Humanizando la Deportación», se aproxima a definir el método empleado por el equipo durante la primera fase de nuestro trabajo de campo y producción audiovisual. Resume algunas de las

complicaciones e improvisaciones para realizar el trabajo de acuerdo con las preferencias de los colaboradores comunitarios y las exigencias del campo, sin dejar de lado nuestro compromiso de respetar la autoridad de los narradores y cuidar la autenticidad de sus historias.

La siguiente sección, «La herida abierta del siglo XXI: La vida en El Bordo», se compone de un par de estudios sobre el fenómeno que llevó el tema de la deportación masiva y sus repercusiones humanas a nivel mundial por la atención que recibió en los medios globales. Desde la primera visita del equipo a Tijuana, al caminar por esta zona, viendo dónde y cómo había vivido la comunidad mexicana deportada, a unos metros de todo el aparato de seguridad fronteriza de Estados Unidos (las bardas, las luces, los sensores, los alambres con púas y cuchillas), quedamos impresionados. ¿Cómo tras ser víctima de la violencia de este *complejo industrial fronterizo* (Dear, 2015) puede uno asentarse a vivir en un lugar desde donde no podía evitar acordarse de su poder y brutalidad?

El capítulo de Israel Ibarra, «El Bordo: La construcción de un gueto con inmigrantes en la frontera de Tijuana», estudia el contexto social de los campamentos del canal en la década de 2010. Formados como extensión de sitios temporales de migrantes que durante décadas acampaban allí esperando el momento adecuado para cruzar la frontera, en la citada década eran más bien guetos poblados principalmente por mexicanos deportados en un ambiente de estigmatización. No obstante el rechazo social, la apropiación de este espacio compartido permitía un sentimiento de pertenencia entre sus habitantes. Las historias contadas por varios narradores de Humanizando la Deportación que habían vivido en El Bordo ofrecen una nueva perspectiva de este espacio, relatada desde la experiencia y no desde la curiosidad externa.

Ana Luisa Calvillo, en su estudio «El desalojo de los residentes de El Bordo en Tijuana: Una profilaxis social contra poblaciones precarizadas», resume la historia de esta zona de la ciudad, empezando desde antes de que se canalizara el río Tijuana, tomando en cuenta

las primeras invasiones de migrantes que ocuparon este espacio que linda con San Ysidro, a unos pasos de la entrada principal a Estados Unidos, el punto más transitado, por tierra, de todas las fronteras del mundo, y siguiendo hasta la época de los asentamientos de los mexicanos deportados. A través de la lectura detenida de varias de las narrativas digitales relatadas por gente que vivió en El Bordo, la contribución principal de la autora consiste en documentar tanto la vida cotidiana allí como las campañas de expulsión violentas realizadas por las autoridades municipales entre 2013 y 2015.

La última sección, «Saberes migrantes: El poder y el afecto de las narrativas digitales», se enfoca en lecturas muy detenidas en algunas historias específicas, de las que se puede aprender. Se reitera que una de las premisas era dar por sentado que los narradores son los expertos en la deportación; hay mucho que se puede aprender de sus historias sobre la migración, la deportación, la repatriación, la integración y la vida. Saben de la deportación con una profundidad psicológica, emocional y corporal que ningún investigador académico puede lograr.

Marlené Mercado, en su aportación «Las tecnologías femininas como herramientas de subversión y resistencia dentro de las narrativas digitales de mujeres (in)migrantes mexicanas», enfoca su atención en algunos detalles de las historias de dos narradoras comunitarias: Sofía Muñoz ([seudónimo], 2017a, 2017b), creadora de la narrativa digital número 18, *Entre el tiempo, mis hijos y la frontera*, y Blanca Hernández (2017), cuya narrativa (número 25) se titula *Sueños falsos*. La autora hace hincapié en las estrategias de resistencia que ambas migrantes emplean durante sus vidas en general y cómo estas les sirven ante los desafíos presentados por su deportación. Argumenta que las herramientas a las que recurren son compartidas entre las inmigrantes mexicanas y otras mujeres de color en Estados Unidos para lidiar con las opresiones cotidianas.

El capítulo «Afectar la humanidad, desafiar la exclusión, *moverse-con* la narrativa de la deportación de Esther», de Sarah Hart,

empieza con un recuento de su propia experiencia como facilitadora en la producción de una narrativa digital que se publicó en tres partes: *Guerrera incansable*, de Esther Morales (2017a, 2017b, 2017c). Debido a su intensidad emocional, esta resultó una experiencia transformativa para la facilitadora, quien se enfoca detenidamente en la narrativa de Morales y en su poder afectivo. De ahí, Hart cuenta sus experimentos utilizando esta narrativa digital en talleres de improvisación de contacto (*contact improvisation*), en los cuales el público escucha el relato y responde con ejercicios de movimiento realizados en pareja, en los que traducen sus propias reacciones afectivas a la historia de Morales en movimientos reflexivos en los que el contacto corporal con la pareja sirve para expresar el sentimiento y humanizar la historia de trauma y superación de la narradora.

El último capítulo, de Robert McKee Irwin, «Cruelles deportaciones y lazos afectivos: El abismo sentimental a la sombra del muro», cuenta su propia historia de facilitar la producción de la narrativa que inauguró *Humanizando la Deportación*, *Cruelles deportaciones*, de Gerardo Sánchez (2017). Recuerda el papel que había asumido Sánchez desde antes, cuando el 12 de noviembre de 2016 llevó al equipo a conocer El Bordo, y sus varias colaboraciones no solo a través de su propia narrativa, sino también con el reclutamiento de otros narradores entre sus conocidos en la zona norte de Tijuana. Se trata de señalar la importancia del sentimiento en el relato de Sánchez, así como la amistad que se estableció entre el narrador y el facilitador. El capítulo presta atención detenida a varios detalles de su narrativa para tratar de entender el papel del afecto en determinar la precariedad en la que vivía y en la que murió Sánchez.

Reflexiones finales

En última instancia, *Humanizando la Deportación. Narrativas digitales desde las calles de Tijuana* quiere mostrar una dimensión de la

experiencia de la deportación, no solo dándole voz a las/os deportadas/os que colaboraron, sino también rescatando su protagonismo como autores de su testimonio, y ofreciéndoles un espacio para registrar y divulgar su saber migrante. Los testimonios de las *digital storytelling* no siguen un guion diseñado por las/os investigadoras/es. Antes bien, la forma y el contenido, en gran parte, se deben a la capacidad creativa y de improvisación, y al conocimiento encarnado de ellas y ellos. No solo registramos su voz; también el relato de una experiencia vital dolorosa, elaborada con sus propias ideas y pensamiento. Son autores genuinos de las dimensiones éticas, estéticas y políticas que se hallan entrelazadas en los diferentes relatos. Y como se evidencia en los ensayos recopilados en este libro, *Humanizando la Deportación* es un archivo comunitario, riquísimo repositorio del saber migrante en la actualidad.

Referencias

- Alarcón, R., y Becerra, W. (2012). ¿Criminales o víctimas? La deportación de migrantes mexicanos de Estados Unidos a Tijuana, Baja California. *Norteamérica*, 7(1), 125-148.
- Albicker, S., y Velasco, L. (2016). Deportación y estigma en la frontera México-Estados Unidos: Atrapados en Tijuana. *Norteamérica*, 11(1), 99-129.
- Alonso, G. (2012). Recesión económica, reflujo migratorio y violencia antiinmigrante entre México y Estados Unidos. *Norteamérica*, 7(2), 221-251.
- Alonso, G. (2013). *El desierto de los sueños rotos. Detenciones y muertes de migrantes en la frontera México-Estados Unidos, 1993-2013*. El Colegio de la Frontera Norte.
- Alonso, G. (2014). La frontera-gulag y las deportaciones de migrantes mexicanos. *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 46, 14-31.
- Anderson, J., y Solís, N. (2014). *Los otros DREAMers*. Offset Santiago.

- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/la frontera: The New Mestiza*. Aunt Lute.
- Boehm, D. (2016). *Returned: Going and Coming in an Age of Deportation*. University of California Press.
- Caldwell, B. (2019). *Deported Americans: Life After Deportation to Mexico*. Duke University Press.
- Chishti, M., Pierce, S., y Bolter, J. (2017, 26 de enero). The Obama Record on Deportations: Deporter in Chief or Not? *The Online Journal of the Migration Policy Institute*. https://www.migrationpolicy.org/print/15819#.X_xjPOIKg0o
- De Genova, N., y Puetz, N. (eds.). (2010). *The Deportation Regime: Sovereignty, Space, and the Freedom of Movement*. Duke University Press.
- Dear, M. (2015). *Why Walls Won't Work: Repairing the US Mexico Divide*. Oxford University Press.
- Del Monte, J. A. (2019). Devenir habitante de calle en una ciudad fronteriza del norte de México: Deportación, consumo de drogas y violencias. *Civitas. Revista de Ciencias Sociales*, 19(1), 159-177.
- El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). (productor). (2019, otoño). *Diálogos desde la frontera* [Serie]. Canal 22.
- Golash, T. (2015). *Deported: Immigrant Policing, Disposable Labor, and Global Capitalism*. New York University Press.
- Guerrero O. M., y Jaramillo, M. C. (2015). Deportación y violación de los derechos humanos del migrante en ambas fronteras. *Convergencia*, 22(69), 85-106.
- Hernández, B. (2017). 25. Sueños falsos/False dreams [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/08/09/suenos-falsos/>
- Humanizando la Deportación. (s.f.). [Archivos de videos de Humanizando la Deportación]. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/page/3/>

- Irwin, R. M., y Del Monte, J. A. (2021). Migrant Autonomy and Wilfulness Amidst the Onslaught of the Covid-19 Pandemic at the Tijuana Border. *Crossings. Journal of Migration & Culture*, 11(2), 153-168.
- Kanstroom, D. (2012). *Aftermath: Deportation Law and the New American Diaspora*. Oxford University Press.
- Lambert, J. (2002). *Digital Storytelling: Capturing Lives, Creating Community* (4.ª ed.). Routledge.
- Lässig, S., y Steinberg, S. (2017). New Approaches Toward a History of Migrant Knowledge. *Geschichte und Gesellschaft*, 43(3), 313-346. <https://www.vr-elibrary.de/doi/10.13109/gege.2017.43.3.313>
- Lizarazo, T., Ocegüera, E., Tenorio, D., Pardo, D., e Irwin, R. M. (2017). Ethics, Collaboration, and Knowledge Production: Digital Storytelling with Sexually Diverse Farmworkers in California. *Lateral. Journal of the Cultural Studies Association*, 6.1(20). <http://csalateral.org/issue/6-1/ethics-digital-storytelling-lizarazo-oceguera-tenorio-pedraza-irwin/>
- Loor, K. (2016). A Study on Immigrant Activism, Secure Communities, and Rawlsian Civil Disobedience. *Marquette Law Review*, 100(2), 565-625.
- López, R. (2017). 2. Aprovecha la oportunidad/Take Advantage of the Opportunity [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/05/18/aprovecha-la-oportunidad/>
- Mignolo, W. (2000). *Local Histories, Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledge and Border Thinking*. Princeton University Press.
- Morales, E. (2017a). 11a. Guerrera Incansable I/Tireless Warrior I [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/07/26/guerrera-incansable-i/>

- Morales, E. (2017b). *11b. Guerrera Incansable II/Tireless Warrior II* [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/07/26/guerrera-incansable-ii/>
- Morales, E. (2017c). *11c. Guerrera Incansable III/Tireless Warrior III* [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/07/26/guerrera-incansable-iii/>
- Muñoz, S. (2017a). *18a. Entre el tiempo, mis hijos y la frontera (Parte 1)/Between Time, my Children and the Border* [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/07/30/entre-el-tiempo-mis-hijos-y-la-frontera-parte-1/>
- Muñoz, S. (2017b). *18b. Entre el tiempo, mis hijos y la frontera (Parte 2)/Between Time, my Children and the Border* [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/07/30/entre-el-tiempo-mis-hijos-y-la-frontera-parte-2/>
- Ruiz, O. (2017). La deportación y la separación familiar en la frontera San Diego-Tijuana. *Culturales*, 5(1), 121-149.
- Sánchez, G. (2017). *1. Cruelles deportaciones/Cruel Deportations* [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/05/18/cruelles-deportaciones/>
- Schreiber, R. (2018). *The Undocumented Everyday: Migrant Lives and the Politics of Visibility*. University of Minnesota Press.

ENSAMBLANDO UN ARCHIVO
DE SENTIMIENTOS Y SABERES
SOBRE LA DEPORTACIÓN
EN TIJUANA

- Villegas, J. (2017). 5. *Mi esposa, mis hijos: Dios me ayude* [Video]. Humanizando la Deportación. <http://humanizando.ladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/07/13/mi-esposa-mis-hijos-dios-de-ayude/>
- Ward, R. D. (2004). Nuestra nueva política migratoria (1924). *Foreign Affairs en Español*, 4(2), 224-234.
- Wodak, R., y Meyer, M. (comps.). (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Gedisa.
- Zolberg, A. (2006). *A Nation By Design: Immigration Policy in the Fashioning of America*. Harvard University Press; The Russell Sage Foundation.
- Zúñiga, V., y Hernández-León, R. (2006). El nuevo mapa de la migración mexicana en Estados Unidos: El paradigma de la Escuela de Chicago y los dilemas contemporáneos en la sociedad estadounidense. *Estudios Sociológicos*, XXIV(70), 139-165.

Reconfiguración metodológica para las narrativas digitales desde los estudios latinoamericanos y Humanizando la Deportación

Yairamaren Román Maldonado

Cuando hablamos de narrativas digitales (*digital storytelling*) en el contexto de los estudios latinoamericanos, nos enfrentamos a un gran vacío metodológico y teórico sobre este género testimonial que emerge en Estados Unidos en la década de 1990 y tiene una llegada revitalizante a la academia anglosajona contemporánea. El proyecto Humanizando la Deportación (en adelante HLD), concerniente a este libro, es una apuesta que permite pensar, practicar y articular la metodología de las narrativas digitales desde los espacios de la precariedad, donde los acercamientos más tradicionales y ortodoxos del género devienen insuficientes para la implementación de este. Es decir, la existencia de HLD como proyecto se presta para generar otros vocabularios, conceptos y estrategias a través de los cuales se pueden analizar las narrativas digitales. Empezando por el concepto mismo (*digital storytelling*), que continúa sin ser oficialmente traducido e insertado dentro del cuerpo teórico de las humanidades digitales en español. Esta falta de adaptación y traducción del método dialoga en parte con la manera en que América Latina renueva cierta dependencia de Estados Unidos a partir de la producción cultural multimedia, como señala García (2000) a comienzos del siglo XXI.

En este capítulo ubico el proyecto HLD dentro de la tradición propia de las narrativas digitales, pero también lo llevo más allá de este campo a partir de consideraciones referentes a los estudios latinoamericanos. Tomo entonces, como punto de partida, una serie de acercamientos ortodoxos y más recientes, que son producidos en la academia anglosajona para poder crear un puente que me permita pensar la metodología emergente del proyecto HLD desde el sur global. En cualquier caso, lo que desarrollo aquí es traducción metodológica en dos vertientes: un primer nivel de traducción sería meramente lingüístico y técnico, puesto que el material disponible sobre la metodología en el idioma español es escaso; el segundo nivel de traducción se trata de los cambios a la metodología tradicional que se han generado en el campo de trabajo particular al sur global y, más específicamente, en la región fronteriza de Tijuana, México.

Además, en el presente capítulo se describen los detalles sobre el desarrollo del proceso de digitalización de la experiencia de la deportación mediante la utilización del método de narrativas digitales en el proyecto HLD y su propósito de documentar experiencias y grabar reflexiones, como una manera de articular el saber migrante de la frontera mexicano-estadounidense en la actualidad. Las narrativas digitales, como método, emergen a comienzos de la década de 1990 en la bahía de San Francisco. Uno de los pioneros principales en la elaboración y práctica del método es Joe Lambert (2002), también fundador de la organización Story Center, actualmente establecida en Berkeley. El método ortodoxo propone un sistema de acercamiento: círculo de historias, capacitación en la escritura y en la producción audiovisual y, finalmente, la creación de un video de dos a cinco minutos que narra una historia personal. Todo el proceso ocurre idealmente en el contexto de un grupo representativo de una comunidad autoidentificada en un espacio seguro y, de este modo, el producto final es utilizado para abogar por la mejoría de las condiciones de la comunidad en cuestión. El surgimiento de las narrativas digitales en la década de 1990 no es inherente a la

academia. Más bien se trataba de una forma de producir videos bricolaje (*do it yourself* [DIY]) en la comunidad.

El proyecto HLD emerge desde la academia y se apropia de la metodología con el propósito de generar una multiplicidad de reflexiones sobre cómo la narrativa digital puede contribuir no tan solo a la comunidad, sino también a la educación universitaria y la producción de conocimiento desde las comunidades mismas de personas que han sido afectadas por el fenómeno de la deportación. El proyecto también surge dentro del contexto político, donde la hegemonía estadounidense es inyectada con nuevas formulaciones de ataques nacionalistas a las poblaciones migrantes que, efectivamente, están en movimiento y que, dadas sus circunstancias precarias, parecerían requerir formatos menos rígidos para la aplicación del método de las narrativas digitales. Este ensayo desemboca, entonces, en la elaboración de la metodología que requirieron las circunstancias de los participantes del proyecto HLD.

*Algunas tradiciones y debates relevantes
para ubicar las narrativas digitales*

La emergencia del Internet ha contribuido a la proliferación de narrativas que descentralizan el concepto de autoría tal cual es pensado por el posestructuralismo, lo cual contribuye a una reformulación de la forma más tradicional del género testimonial. En cierto modo, la democratización foucaultiana de la ficción (Foucault, 1998) es, en parte, facilitada por los medios y las plataformas digitales, a través de las cuales los individuos pueden crear y publicar sus historias siempre que tengan acceso a los medios y la alfabetización digital necesaria. En esta sección enumero algunos acercamientos a las narrativas digitales que ayudan a dar un trasfondo al método y la adaptación de este en el caso particular del proyecto HLD.

Lo que Walter Benjamin consideró alguna vez el *contador* (*storyteller*) tradicional, que precede al autor aislado de la novela y es

intrínseco al acto de contar una historia oral en grupo, tiene su vuelta a partir de la emergencia de los medios digitales (Benjamin, 2007). En un modo más amplio, el concepto de narrativa digital sirve para categorizar toda historia producida y publicada desde un aparato con tecnología digital y que existe dentro del mundo virtual; es decir, la categoría narrativa digital incluye cualquier cosa desde una novela-*tweet* hasta lo que se conoce como *fan-fiction* (Alexander, 2011). Sarah Gretter, añadiendo al potencial de agencia de autor que producen los medios digitales, propone que «las tecnologías recientes han fusionado elementos visuales con los auditivos y textuales, así *empoderando* [cursivas añadidas] a la gente a volverse autor o personaje de su propia historia en entornos multimodales»¹ (Gretter, 2015, p. 216 [traducción propia]).

Por tanto, más allá de la descentralización de la figura del autor en distintos niveles, desde el ficcional hasta el investigativo, los usuarios de los nuevos medios pueden ser pensados como los *contadores* del siglo XXI en tanto que una vez que la historia se hace pública en el mundo virtual, es también compartida con la comunidad de usuarios virtuales. Esto se logra porque el medio digital facilita compartir una historia, un pensamiento o alguna idea —a través de distintos formatos textuales, visuales, auditivos o de animación— con casi cualquier audiencia (Gretter, 2015, p. 217). De algún modo, todos estos formatos remiten a la oralidad del testimonio o la historia oral tradicional ya que estos son cortos, accesibles y familiares. Lo que cambia aquí, entonces, no es el género sino el medio.

Al menos en el contexto latinoamericano y de los estudios al respecto,² hay dos tradiciones importantes que preceden a lo que

¹ «Recent technologies have merged the visual with the auditory and the textual, giving individuals the *agency* [cursivas añadidas] to become their own author—or even character—in multimodal environments».

² Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos cubren una vasta gama de acercamientos disciplinarios que principalmente se concentran en las áreas de las humanidades y las ciencias sociales. Algunas de las corrientes principales de este campo incluyen propuestas teóricas como los estudios subalternos

hoy conocemos como el método de la narrativa digital y convergen con este. Estas son, por un lado, la literatura testimonial y, por el otro, los estudios subalternos. La narrativa digital, de algún modo, contribuye a solucionar algunas de las preocupaciones sobresalientes de los debates sobre el testimonio y la subalternidad, a la vez que potencialmente podría generar nuevas preguntas y preocupaciones sobre la representación del otro. Según John Beverley, en diálogo con Gayatri Spivak, el propósito de los estudios subalternos debe ser la reflexión misma sobre «la dificultad de representar al subalterno en nuestros discursos disciplinarios y en nuestras prácticas dentro de la academia» (Beverley, 2004, p. 23).

Como alternativa a los fallos de proyectos adyacentes a la modernidad, Beverley describe prácticas y propósitos específicos al acercamiento de los estudios subalternos. Tomo prestadas dos de estas prácticas para propósitos de la presente reflexión. Primero, plantea que «los estudios subalternos no son solo nuevas formas de producción de conocimiento académico; deben ser también formas de intervenir políticamente en esa producción, desde la perspectiva del subalterno» (Beverley, 2004, p. 56).

Luego reflexiona sobre los retos de los estudios subalternos para «desarrollar nuevas formas de pedagogía y práctica académica», ante lo cual considera que pueden ser utilizados como un «instrumental conceptual para recuperar y registrar la presencia subalterna tanto históricamente, como en las sociedades contemporáneas» (Beverley, 2004, p. 59). El método de las narrativas digitales, practicado desde la academia, sería una de estas posibles prácticas que facilitarían reducir la mediación de la representación del subalterno. En el contexto de

y teorías descoloniales, que asumen dinámicas sociales o culturales del sur global como objeto de estudio. A pesar de que en sus comienzos, como señala Dussel (2008), el campo destacaba la teorización eurocéntrica, en la actualidad abarca el resultado de la tensión entre acercamientos eurocéntricos y subalternos a la investigación sobre Latinoamérica. Hay que recalcar que la producción intelectual de los estudios sobre esta zona surge como resultado de las diásporas latinoamericanas y caribeñas en Estados Unidos (Dussel, 2008).

las narrativas digitales, la figura y la voz del académico pasa a un segundo plano, y el sujeto tiene en sus manos la dirección que tomará su historia tal cual, representada por el participante mismo. De este modo, la metodología provee una renovación del género testimonial en el contexto de los estudios latinoamericanos y subalternos.

Finalmente, aunque para Beverley (2004) hay cierta tensión en el género testimonial como representación metonímica de un grupo —como es posible ver en el archivo en línea de HLD—, las narrativas digitales facilitan, de algún modo, la expansión hacia una pluralidad de testimonios y crean, hasta cierto punto, un relato colectivo de la comunidad en cuestión; es decir, en principio, todos los testimonios son expuestos horizontalmente y no hay jerarquía entre estos.

Es importante también situar el método de las narrativas digitales dentro del marco de pensamiento freiriano. En discusiones sobre el video participativo, la relevancia del acercamiento freiriano se plantea a partir de la premisa de que los participantes que producen el video están gestando un proceso de transformación política y social (Low *et al.*, 2012, p. 51). En el marco teórico freiriano, adquiere particular importancia la humanización del subalterno, la cual desembocaría en generar algún nivel de libertad propia (Freire, 1996, p. 31). En este proceso, el oprimido adquiere conciencia sobre la posibilidad de estimular procesos transformadores en vez de pensar que no puede tener un impacto en sus circunstancias. Por último, para Freire (1996) la pedagogía crítica debe emerger y ser dirigida por el proceso mismo de transformación del oprimido, lo cual el autor también llama proyectos educativos.

Tal es el caso de las narrativas digitales y, más específicamente, del proyecto HLD, donde, como se mostrará más adelante, la metodología tuvo que adaptarse a las necesidades y condiciones de los participantes más que ninguna otra cosa. Demás está decir que fueron ellas y ellos los que dieron riendas al diverso archivo de narrativas sobre sí mismos y a la experiencia de la deportación, que hoy ofrece un campo de exploración tanto para la academia como

para el público general. La agencia practicada por los participantes resuena con el concepto que Homi Bhabha engloba como el cosmopolitismo vernáculo, el cual consiste en la creación de nuevos modos de agencias dentro del contexto de las minorías globales, donde se ubican los migrantes, y que responden a las fallas de la democracia a través del uso de sus propias herramientas para también resistir la etiqueta de lo marginal (Bhabha, 2013). Como indican Irwin y Alonso en su introducción en este libro, el proyecto pretende captar el *saber migrante* de estos narradores deportados.

Es necesario situar el método de las narrativas digitales dentro de un contexto más específico sobre las implicaciones y transformaciones que resultan de la cultura digital en América Latina. Actualmente las aproximaciones a las nuevas formas de ciudadanía y un rastreo de lo sociocultural requieren un aspecto clave en las narrativas digitales, que es la descentralización de la voz del investigador, proceso que daría como resultado una rearticulación de lo público y lo político, según lo propone Martín (2006a) en «Intervening from and through Research Practice: Mediations on the Cuzco Workshop». Esto es precisamente lo que ocurre al aplicar las narrativas digitales en el contexto de la frontera San Diego-Tijuana. Una vez que las/os investigadoras/es pasan a un segundo plano, las historias que se producen abren un nuevo panorama discursivo sobre la política de la deportación, que en vez de haber quedado en la esfera de lo privado pasa a ser público.

Estas voces y experiencias, que han sido desplazadas de los discursos mediáticos hegemónicos —donde, si aparecen, son editadas, fragmentadas y/o manipuladas—, entran aquí al plano de los nuevos medios. Muy a pesar de que el proyecto viene de la academia, su premisa fundamental es que son los migrantes los expertos en sus experiencias y, por lo tanto, su primera publicación es el producto de los participantes mismos, las narrativas digitales finales puestas en Internet, es decir, al alcance de todo aquel que busque aprender o conocer más sobre el tema de la deportación mientras navega por las redes.

El equipo, al facilitar la producción de los videos, en realidad no realizó una investigación, sino que creó un archivo de saberes migrantes, una fuente de consulta para futuras investigaciones. Por último, para Martín (2006b), según propone en «Between Technology and Culture: Communication and Modernity in Latin America», algunas de las identidades desterritorializadas posdigitales parecerían temporales o fáciles de pasar por alto como agentes de cambio respecto a sus circunstancias. Sin embargo, la apuesta por descentralizar al investigador aquí y poner las voces del saber migrante al centro contribuye a dar cierto sentido de permanencia a estas.

Acerca del método de las narrativas digitales, Jean Burgess elabora un poco sobre cuestiones de acceso y usuarios de los nuevos medios. La crítica argumenta que, en vez de asumir la disponibilidad del medio digital, los participantes más comunes en proyectos de narrativas digitales se encuentran en el lado de la brecha digital, donde la utilización de los nuevos medios no es parte de la cotidianidad y, por ende, no hay una relación orgánica con el medio digital (Burgess, 2016). Aunque la mayoría de los acercamientos de críticos pedagogos de las narrativas digitales como Henry Jenkins (2006), Rebecca Black (2007), Angela Thomas (2007) y Glynda Hull (2003) prestan particular atención al alfabetismo digital, Burgess apuesta por el alfabetismo vernáculo en relación con el método de las narrativas digitales,³ concluyendo así que, aunque los narradores necesitan conocimiento y habilidades digitales, el ejercicio de producir una narrativa digital también extrae del conocimiento vernáculo, ya que en la producción de los videos se utilizan destrezas sacadas de recortes para álbumes, interacciones orales del diario y el consumo de medios masivos como la televisión,

³ Todos los críticos mencionados exploran las formas en que el alfabetismo digital está cambiando generacionalmente y cómo el género de las narrativas digitales, en su definición más amplia, es un espacio productivo para expandir el entendimiento sobre cómo las generaciones más jóvenes se relacionan con el medio digital a medida que avanzan las nuevas tecnologías.

el cine y la animación (Burgess, 2016). En este sentido, el acercamiento de Burgess permite pensar la narrativa digital como intrínseca a la narración como práctica de la cotidianidad de cualquier individuo. Por consiguiente, esto apela a la dependencia de la cultura popular, que es particular de este método y género. En última instancia, la narrativa digital sustituye al autor y al investigador tradicionales. En cambio, nos presenta en primer plano la narrativa, la voz y, en algunos casos, el rostro del individuo u otras imágenes alternativas cuya historia apunta a múltiples realidades sociológicas.

Método de Humanizando la Deportación

El proyecto HLD buscó la creación de un archivo de acceso abierto con narrativas digitales producidas por personas que han sido deportadas o han experimentado las repercusiones de la deportación en algún momento de su vida. Este proyecto, con base en la Universidad de California en Davis y El Colegio de la Frontera Norte, reunió un equipo inicial de aproximadamente diez investigadoras/es junto con Robert Irwin y Guillermo Alonso Meneses –como investigadores principales–, en la zona fronteriza de Tijuana durante su primera fase. Previamente a la etapa de trabajo de campo en el verano de 2017, el equipo ya había hecho algunas visitas preliminares a algunas organizaciones de base comunitaria en el otoño de 2016. Durante el trabajo de campo se volvió a algunas de esas organizaciones anteriormente visitadas y se añadieron más a la lista. Dentro de las asociaciones que apoyaron el proyecto se encuentran la Fundación Gaia, el Enclave Caracol, la Iglesia del Faro, Deported Veterans Support House y Madres Soñadoras Internacional. Todas estas agrupaciones son integradas por personas que han sido deportadas o tienen contacto recurrente con estas.

También el equipo recurrió a contactos personales establecidos a través de sus actividades de voluntario en otros espacios frecuentados por personas involuntariamente repatriadas, a relaciones ya

existentes de parte de algunos miembros del equipo que habían trabajado previamente con esta población,⁴ y a las redes personales de algunos de los narradores comunitarios. Sin embargo, algunos de los espacios del trabajo (tales como instituciones caritativas que ofrecen desayunos o comidas gratis a la comunidad, o albergues para migrantes o gente repatriada) no se prestaban a un proceso que exige continuidad. Más concretamente, hay muchas personas que han llegado deportadas a Tijuana y que aún después de varios años no tienen horario regular de trabajo, residencia fija, teléfono o acceso a Internet, y, por lo tanto, nos resultó difícil mantener contacto con ellos o, en muchos casos, localizarlos. Por esta razón, a pesar de que se habían ubicado espacios con potencial para llevar a cabo el método más ortodoxo de las narrativas digitales, en la práctica esto no fue posible. Esta sección está dedicada específicamente a la traducción de la metodología tradicional de la *digital storytelling*, a la metodología emergente en el campo de trabajo para la recolección de las narrativas digitales del proyecto HLD.

Preliminarmente habría que señalar y enumerar algunas de las circunstancias que contribuyeron a la permutación del método en cuestión. Antes que nada, hay una larga población de personas que han sido desplazadas a Tijuana por la deportación, quienes no logran acomodarse y se hallan en constante movimiento. Por consecuencia, se puede decir que viven cierto tipo de desterritorialización y reterritorialización intrínsecas al cosmopolitismo vernáculo y las nuevas minorías migrantes (Bhabha, 2013). Varios de los espacios donde se creó contacto inicial con potenciales participantes eran organizaciones que ofrecen acceso a necesidades básicas como comida, albergue para dormir en la noche y otros servicios. Por esta razón, no se podía necesariamente ver a un mismo participante a la misma hora y en el mismo lugar todos los días.

⁴ Una investigadora del equipo, Ana Luisa Calvillo, de la Universidad Autónoma de Chihuahua, ya había recopilado varios testimonios, los cuales se publicaron unos meses antes de nuestra estancia en Tijuana (Calvillo, 2016).

Una vez en el campo de trabajo, las/os investigadoras/es también salieron de estos espacios iniciales y lograron crear contacto en otros espacios públicos. En muchos de los casos, los participantes también tenían jornadas laborales que les hubieran impedido comprometerse con horarios y reuniones fijos. De modo que la forma más fácil de dar continuidad y trabajar sobre la producción de las narrativas digitales vino a ser poner la disponibilidad de las/os investigadoras/es en función de la conveniencia de los participantes. Por otra parte, los más vulnerables de esta población también cuentan con acceso limitado a nuevas tecnologías; en algunos casos, los narradores jamás habían usado una computadora o accedido al Internet. Aunque también había gente que contaba con un teléfono celular inteligente o hasta con una *laptop*, no necesariamente tenían acceso a programas de edición audiovisual necesarios para la producción de narrativas digitales. Y el tener acceso a tecnologías para nada implicaba un interés o el tiempo disponible para llevar a cabo un trabajo meticuloso de montaje y edición audiovisual.

Por último, se debe considerar la brecha digital, la cual implica que el acceso a la tecnología no es equitativo a nivel global, y el lugar de Latinoamérica dentro de esta determinó muchos de los ajustes requeridos en el trabajo de campo. Y es que la infraestructura tecnológica dentro del contexto latinoamericano no es una cuestión que cuente con características uniformes. En muchos países de esta zona, la infraestructura y el acceso tanto a equipos tecnológicos como al Internet son precarios, frágiles o incluso controlados por el gobierno, aun en lugares donde teóricamente la tecnología está disponible para todos los ciudadanos. Esto es simplemente un reflejo de cómo las relaciones geopolíticas desiguales que preceden la emergencia de las nuevas tecnologías se reproducen, incluso, dentro de lo que de otro modo sería la promesa utópica de la era digital (Starioselski, 2015). Otro aspecto que puede hacer que la tecnología y el Internet sean inaccesibles es la falta de recursos materiales para cubrir su costo, lo cual permitiría que el acceso a estos

esté determinado por la ubicación de los individuos dentro de la jerarquía social de clases. La imposibilidad de asumir un acceso uniforme a la tecnología en el contexto latinoamericano propulsa entonces la necesidad de modificar metodologías como las narrativas digitales que emergen dentro de un contexto donde la tecnología es uniforme y fácilmente accesible.

Esto no fue distinto durante el trabajo de campo de HLD, donde muchos participantes no necesariamente contaban con acceso a equipo tecnológico o a Internet. Por lo tanto, en gran parte de los casos fueron los ordenadores de las/os investigadoras/es los que sirvieron como herramienta para generar las narrativas digitales. En cada una de las secciones en esta parte, prosigo a desarrollar un mapa, y quizá también una reflexión que permita entender cómo las necesidades particulares de la población de deportados exigen un cambio en la metodología como resultado de condiciones locales encontradas en esta parte de Tijuana, tales como la inestabilidad del proyecto de vida, la precariedad laboral y económica, traumas psicológicos y la brecha digital (*digital divide*); es decir, el método requirió, de algún modo o de otro, una adaptación cultural y no solo técnica.

Del story circle a conversaciones íntimas

En el acercamiento más tradicional a las narrativas digitales, Joe Lambert (2002) propone que un primer paso consistiría en una o más sesiones de conversaciones grupales entre los participantes del proyecto, las cuales llama *story circle*. Durante estas conversaciones se esperaría que la comunidad comparta preocupaciones y molestias respecto a sus condiciones sociales. Dentro del contexto de la conversación también es esperado que se desarrolle cierta camaradería tanto entre los participantes mismos como entre estos y las/os investigadoras/es. Por último, este espacio también sirve para elaborar diferentes dinámicas, como lluvia de ideas, y contribuir a que los migrantes, de algún modo, puedan abrirse a contar sus historias

íntimas a un público más amplio. En el proyecto HLD el primer cambio en la metodología consistió en sustituir la conversación grupal por reuniones particulares con cada uno de los participantes, de acuerdo con la disponibilidad de ellos y ellas. A estas reuniones asistían el participante y una/o o más investigadoras/es.

En la mayoría de los casos, durante esta conversación inicial, el narrador comunitario contaba su historia completa sobre su experiencia en Estados Unidos, las circunstancias de su deportación y su proceso —o su incapacidad— de integración en México. Esto incluye, en ciertos casos, detalles que no necesariamente formarían parte de su narrativa digital publicada: desde cómo el participante migró a Estados Unidos en primera instancia —como infantes en muchos de los casos— hasta cuántas veces habían intentado apelar sus deportaciones o cruzar de vuelta a ese país. En algunas ocasiones, dada la brevedad de tiempo, esta primera sesión consistía en narrar directa y específicamente la historia de su deportación. Pero, muchas veces, los participantes comunitarios, al sentirse interpelados por un proyecto que pretendía *humanizar* una condición frecuentemente estigmatizada en México y Estados Unidos (la deportación), probablemente, al inferir también un elevado nivel de empatía de parte de los/as investigadores/as, se desahogaban contando la versión completa de sus historias de trauma, que pocas veces o quizá nunca habían contado. Estas primeras reuniones, por tanto, duraban entre treinta minutos y dos o tres horas, acordes con la disponibilidad y las preferencias de los participantes y el acercamiento de cada investigador/a.

Al darnos cuenta de que contar historias de trauma podría reactivarlos, agregamos a nuestros protocolos una advertencia, que se incorporaba en la primera instancia de presentación del proyecto a los migrantes. Por supuesto que se mencionaba la posibilidad de retirarse en cualquier momento. Pero también empezamos a hablarles del aspecto posiblemente doloroso de visitar sus experiencias traumáticas con ellos y nuestra incapacidad de ofrecerles un apoyo psicológico

más allá de nuestro oído y acompañamiento durante el proceso de la producción de su historia. Para los migrantes que dudaban en contarla, jamás los presionamos para seguir, y muchos han elegido no participar o se han retirado después de una o dos reuniones con nosotros. En muchos casos, la elaboración de su narrativa ha sido un proceso catártico, pero sabemos que no será así para todos.

La diferencia principal entre el método del *story circle* y nuestras reuniones de desahogo era el rol de facilitador, es decir, el que asumimos los miembros del equipo. En vez de dialogar con otras personas de la comunidad acerca de su historia, los narradores generalmente preferían hablar solo con nosotros, lo cual parece ser una paradoja por la gran diferencia entre sus circunstancias y las nuestras como investigadores universitarios. Por lo tanto, nuestras reacciones y comentarios asumían un peso no contemplado en el método colectivo propuesto por Lambert. Teníamos conciencia de este peso, pero no podíamos dejar de reaccionar ante los elementos de injusticia, dolor, resistencia y superación de estas historias.

Al mismo tiempo, hacíamos un gran esfuerzo de no imponer ideas, políticas e interpretaciones personales para asegurar que cada narrador siempre se sintiera en control del proceso y de su narrativa. Pero, a fin de cuentas, nuestro proceso es más evidentemente *cocreativo* o *colaborativo* que el método ortodoxo de Lambert (2002) —aunque se ha argumentado que este también es claramente *cocreativo* (Worcester, 2012).

Del guion a la espontaneidad y la oralidad

En el método ortodoxo, el paso a seguir, luego del círculo de historias, sería el proceso de escritura de un guion que presente la historia personal del participante con una duración de dos a cinco minutos. El guion va ligado a cierto tipo de curaduría y selección, por parte del participante, sobre qué eventos quiere que aparezcan en su narrativa digital. En muchas instancias, los narradores deben

escoger un evento particular dentro de la magnitud más amplia de sus historias autobiográficas. Este proceso de escritura ocurre dentro del contexto de una serie de dinámicas llevadas a cabo grupalmente. En circunstancias ideales, luego de que el guion está escrito, los participantes reciben una capacitación en el programa de grabación de audio para que así puedan grabar y editar su propio audio para la narrativa digital.

En el contexto de trabajo con una población donde la tecnología muy compleja o la escritura no son parte de las exigencias del diario vivir, se hace un poco más complicado manejar este aspecto. Además, como ya mencioné, en algunos casos las limitaciones del tiempo exigían cierta aceleración del proceso de producción. Por lo tanto, en el contexto de HLD no fue necesaria la elaboración más compleja de un guion para cada narrativa digital, lo cual, a su vez, abre espacio para problematizar las nociones de autenticidad que Hertzberg y Lundby (2008) sugieren que no deben asumirse en el género. Por el contrario, el proceso de formular la narrativa oral consistía en una discusión o lluvia de ideas, después de la cual el participante seleccionaría el enfoque de su historia y, por último, ir a la grabación directa del relato; es decir que, aunque varios de los narradores de HLD preferían escribir y leer su historia, otros se incomodaban ante este método y optaban por hablar más libremente, en muchos casos, guiados por un bosquejo mínimo o, en algunas ocasiones, de forma más espontánea.

Esto genera dos particularidades relevantes en la implementación del método desde un acercamiento académico: por un lado, saltar el paso de tener un guion escrito añadía la tarea de edición del audio, que por lo regular recayó en el/la investigador/a, quien asumió el rol de asistir al participante; por otro lado, también invierte la dirección de las fases por las cuales pasa la narrativa, siendo la primera de carácter oral, y la porción escrita pasa entonces a ser producida en una segunda fase de transcripciones hechas por miembros del equipo de investigación.

*Selección de imágenes y producción
de videos como procesos colaborativos*

Una vez que el participante ha grabado su audio, lo que quedaría del proceso sería elaborar un guion visual para poder completar la edición del video corto. Usualmente la selección de imágenes, fijas o móviles, es hecha por el participante. Las imágenes pueden incluir desde fotografías íntimas con un valor sentimental hasta imágenes más genéricas y literales que coincidan con el mensaje de la narrativa oral. Como señalan Glynda Hull y Mark Nelson (2008), en este montaje se crean dos formas de significado: intramodal e intermodal. La primera crea coherencia y sentido a partir de la secuencia de la narrativa y/o de las imágenes mismas, y la segunda aporta significado a partir de la relación entre las imágenes y la historia oral o la falta de relación entre estas (Hull y Nelson, 2008).

En el modelo más tradicional de narrativas digitales, también se lleva a cabo una capacitación en la edición de video para los participantes, de modo que la edición del trabajo final la realiza directa o solamente el participante. En el proyecto HLD, estos dos procesos se transformaron en mecanismos más colaborativos entre participante e investigador/a, y tanto la selección de imágenes como la edición del video dependieron de la colaboración entre pares, lo cual, a su vez, concuerda con lo que Jenkins (2006) propone como cultura participativa (*participatory culture*) emergente a partir de las nuevas tecnologías.

Como producto de la misma precariedad y movilidad, muchos de los migrantes deportados no logran conservar recuerdos, como documentos o fotografías, entre otras cosas. Aunque claro está, esto es circunstancial y varía de acuerdo con una serie de otros factores, como la conexión con la familia o el apoyo de esta, y contar con empleo y vivienda estables. De cualquier modo, aunque en muchas de las ocasiones los participantes proveyeron sus propias fotografías, también hay una serie de casos en los que optaron por

utilizar imágenes más genéricas, algunas veces por no tener nada para aportar entre sus pertenencias, y en otras, para mantener su privacidad. Mientras que algunos participantes pasaron por un proceso muy escueto de selección de imágenes, también hubo quienes dieron mucha libertad a el/la investigador/a de buscar y proponer posibles imágenes; es decir que se discutía la banda visual en términos generales, pero estos participantes comunitarios confiaban en los investigadores para realizar su visión, siempre con la oportunidad de rechazar imágenes o pedir cambios y con la aprobación del narrador como requisitos para la finalización de la narrativa digital. En este sentido, el proceso fue un poco más fluido por el carácter colaborativo entre participante e investigador/a; se puede decir que tomó un carácter palpablemente cocreativo.

Hubo ocasiones en que también los participantes utilizaron el equipo disponible de las/os investigadoras/es para producir imágenes que deseaban incluir en sus narrativas y que no podrían encontrarse fácilmente con acceso abierto en Internet. Finalmente, debido a que muchos de ellos no contaban con ordenadores y un programa de edición de video, y pocos tenían el tiempo o expresaban la voluntad para realizar este trabajo, que requería muchas horas, la edición final del video recayó principalmente en el/la investigador/a, quien después de editar el video, presentaba una propuesta a el/la narrador/a y se hacían reediciones de acuerdo con las preferencias de el/la participante.

Comentarios finales

En un recorrido del trabajo de campo del proyecto de HLD se cristalizan los fallos y las desventajas de la metodología más ortodoxa de las narrativas digitales. La rigidez de la estructura general de la metodología y la suposición de disponibilidad de tecnologías hacen que el método más ortodoxo tenga sus limitaciones en poblaciones más inestables, donde imponer una asistencia consistente para sesiones del proyecto o el acceso a la tecnología no se pueden dar por

sentado. En otras palabras, la inestabilidad de muchas de nuestras comunidades latinoamericanas también desestabiliza el método, por lo cual requiere adaptaciones.

El proyecto HLD lleva, por tanto, la metodología a sus límites y, al hacerlo, genera otro marco de acercamiento a las narrativas digitales. Si bien este último guarda relación con la metodología originada en la década de 1990, sus rupturas son generadas por la población misma que participa en el proyecto. Las singularidades de la comunidad de los migrantes deportados, por consiguiente, desencadenan una rearticulación del método a partir de las problemáticas particulares que el proyecto, efectivamente, busca poner al centro de las narrativas sobre la deportación. Lo hace desde el medio de producción mismo, desde la resistencia a este.

En este capítulo he intentado plantear el método de las narrativas digitales en relación con tradiciones provenientes desde el contexto latinoamericano y también hacer evidente cómo la rigidez del método original puede tornarse insuficiente en ámbitos donde la disponibilidad de espacio, tiempo y medios no está dada; es decir, mis planteamientos buscan abrir un diálogo para la continuación de cuestionamientos y exploraciones sobre el método que tomen dicho contexto como espacio de enunciación para la práctica, y así continuar articulando dispositivos metodológicos desde las demandas propias de nuestras disciplinas y comunidades de estudio. He buscado también cristalizar y hacer evidente la gran brecha entre los estudios de los nuevos medios y las humanidades digitales provenientes de la academia metropolitana y el desarrollo de estas disciplinas pensado desde el contexto latinoamericano. El proyecto HLD es una coyuntura que funciona como un ejemplo excelente para evidenciar esta brecha y que ha permitido pensar, problematizar y reconfigurar la metodología de las narrativas digitales para que pueda ser practicada tomando en cuenta las condiciones particulares de comunidades marginalizadas y fronteras.

Referencias

- Alexander, B. (2011). *The New Digital Storytelling: Creating Narratives with New Media*. Praeger.
- Bhabha, H. (2013). *Nuevas minorías, nuevos derechos. Notas sobre cosmopolitismos vernáculos*. Siglo XXI Editores.
- Black, R. (2007). Digital Design: English Language Learners and Reader Reviews in Online Fiction. En C. Lankshear y M. Knobel (eds.), *A New Literacies Sampler* (pp. 115-136). Peter Lang.
- Benjamin, W. (2007). The Storyteller: Reflections on the Works of Nikolai Leskov. En autor, *Illuminations: Essays and Reflections* (pp. 83-110). Shocken Books.
- Beverley, J. (2004). *Subalternidad y representación: Debates en teoría cultural*. Vervuert.
- Burgess, J. (2016). Hearing Ordinary Voices: Cultural Studies, Vernacular Creativity, and Digital Storytelling. *Continuum. Journal of Media and Cultural Studies*, 20(2), 201-214.
- Calvillo, A. (2016). Un paso en falso. En A. Calvillo, R. Castillo, R. Cruz, G. Hidalgo, E. Pérez, y L. Tarifeño, *Nadie me sabe dar razón: Tijuana: migración y memoria* (pp. 242-325). Secretaría de Cultura; Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Dussel, E. (2008). Philosophy of Liberation, the Postmodern Debate, and Latin American Studies. En M. Moraña, E. Dussel, y C. Jáuregui (eds.), *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate* (pp. 335-349). Duke University Press.
- Foucault, M. (1998). What is an Author? En J. D. Faubion (edit.), *Aesthetics, Method and Epistemology: Essential Works of Foucault (1954-1984)* (pp. 205-222). The New Press.
- Freire, P. (1996). *Pedagogy of the Oppressed*. Penguin Books.
- García, N. (2000). *La globalización imaginada*. Paidós.
- Gretter, S. (2015). From the Novel to Digital Storytelling: Dialogue, Identity and the Fictionalization of Reality. *Letras Hispanas*, (11), 212-221.

- Hertzberg, B., y Lundby, K. (2008). Mediatized Lives: Autobiography and Assumed Authenticity in Digital Storytelling. En K. Lundby (edit.), *Digital Storytelling, Mediatized Stories: Self-representations in New Media* (pp. 105-122). Peter Lang.
- Hull, G. (2003). Youth Culture and Digital Media: New Literacies for New Times. *Research in the Teaching of English*, 38(2), 229-233.
- Hull, G., y Nelson, M. E. (2008). Self-representation through Multimedia: A Bakhtinian Perspective on Digital Storytelling. En K. Lundby (edit.), *Digital Storytelling, Mediatized Stories: Self-representations in New Media* (pp. 123-141). Peter Lang.
- Jenkins, H. (2006, 19 de octubre). Confronting the Challenges of Participatory Culture: Media Education for the 21st Century (part one). *Henry Jenkins*. https://henryjenkins.org/blog/2006/10/confronting_the_challenges_of.html
- Lambert, J. (2002). *Digital Storytelling: Capturing Lives, Creating Community* (4.^a ed.). Routledge.
- Low, B., Brushwood, C., Salvio, P., y Palacios, L. (2012). (Re)framing the Scholarship on Participatory Video: From Celebration to Critical Engagement. En E.-J. Milne, C. Mitchell, y de Lange N. (edits.), *The Handbook of Participatory Video* (pp. 49-64). AltaMira Press; Rowman and Littlefield.
- Martín, J. (2006a). Intervening from and through Research Practice: Mediations on the Cuzco Workshop. En D. Sommer (edit.), *Cultural Agency in the Americas* (pp. 31-36). Duke University Press.
- Martín, J. (2006b). Between Technology and Culture: Communication and Modernity in Latin America. En D. Sommer (edit.), *Cultural Agency in the Americas* (pp. 37-51). Duke University Press.
- Starosielski, N. (2015). *The Undersea Network*. Duke University Press.
- Thomas, A. (2007). Blurring and Breaking through the Boundaries of Narrative, Literacy, and Identity in Adolescent Fan Fiction.

- En C. Lankshear y M. Knobel (edits.), *A New Literacies Sampler* (pp. 137-166). Peter Lang.
- Worcester, L. (2012). Reframing Digital Storytelling as Co-creative. *IDS Bulletin*, 43(5), 91-97.